

LAS ACTITUDES POLITICAS DE LAS MUJERES EN EUROPA Y ESTADOS UNIDOS (1)

Si las mujeres y los hombres votasen con papeletas de diferente color, o si las introdujesen en urnas distintas, se podrían establecer exactamente las diferencias de orientación política entre los dos sexos. Un escrutinio separado de los sufragios masculinos y femeninos no constituiría una violación del secreto de voto, puesto que continuaría sin saberse cómo ha votado cada individuo, pero un conocimiento preciso del reparto electoral por sexos entre las diferentes tendencias políticas dañaría los intereses de algunos partidos que, por esta razón confesada o no, se oponen a un recuento separado de los votos masculinos y femeninos.

En Europa sólo tres países (Alemania, Austria y Grecia) han diferenciado en los recuentos electorales las papeletas masculinas de las femeninas. En tres ciudades francesas los alcaldes han instalado colegios especiales para cada sexo con ocasión de algunas elecciones parlamentarias o municipales. En ausencia de una documentación oficial debemos, pues, recurrir, en la mayoría de los países, a las encuestas sobre la opinión pública, confeccionadas a base de muestrarios estratificados (2). Los estudios de sociología electoral, casi siempre de carácter monográfico, referentes a ciudades, regiones o circunscripciones aportan ciertamente datos útiles sobre el comportamiento electoral de las mujeres, mas también en éstos se trata de encuestas sobre la opinión que pierden en extensión lo que gana en profundidad.

¿En qué medida nos podemos basar sobre los sondeos de la opinión pública? A ese respecto la situación es muy variable según los países. En Gran

(1) En este estudio nos referimos pocas veces a Francia; en lo concerniente al voto de las mujeres en este país, invitamos al lector a consultar la obra que hemos publicado con JACQUES NARBONNE, titulada *Las francesas cara a la política, comportamiento político y condición social*, París, A. Colin, 1956.

(2) En particular las encuestas efectuadas por el Instituto Francés de Opinión Pública, el British Institute of Public Opinion, el Istituto Italiano d'Opinione Pubblica, el Istituto Doxa (Milán), el Centro Italiano Studi e Ricerche (Roma), el Danks Gallup Institute, etc.

Bretaña, Dinamarca y Suecia se han podido prever los resultados de las elecciones por los institutos de opinión pública con un error medio de un 1 por 100 aproximadamente. En otros países éste ha sido a veces más sensible; sin embargo, cuando se trata de reparto de votos según el sexo, el error teóricamente posible es más elevado por dos razones: primeramente, un reparto tal implica una división suplementaria de la muestra, después y, sobre todo, la mayor dificultad radica en el hecho de que los encuestadores no obtienen tan fácilmente de las mujeres como de los hombres indicaciones sobre el sentido de su voto. Las verificaciones a las cuales hemos procedido nos llevan a constatar que los resultados de las encuestas sobre opinión dan, generalmente, una proporción muy débil de mujeres entre los electores de todos los partidos, ya sean favorecidos, ya perjudicados por el sufragio femenino. La separación de los sexos está, en realidad, más acentuada de lo que indican los resultados de las encuestas sobre la opinión en los partidos favorecidos por mujeres, y más debilitada en los partidos perjudicados por ellas. Los institutos de investigación sobre la opinión publican estos resultados sin someterlos a una elaboración que debería precisar la proporción de mujeres y de hombres que, al rehusar responder, modifican la muestra; pero estos institutos pueden proporcionarnos indicaciones suplementarias (frecuentemente no publicadas) muy interesantes para el investigador que se esfuerce en interpretar los resultados brutos de las encuestas sobre la opinión.

Se ha demostrado que una gran parte de las personas que no responden a las encuestas son indiferentes que, por otra parte, se abstienen de votar. No obstante, la diferencia entre abstencionismo masculino y femenino es más reducida que la existente entre hombres y mujeres que no indican el sentido de su voto. Suponiendo que las mujeres que no se prestan a encuestas sobre opinión, pero que van a las urnas, voten en definitiva de la misma forma que las que no ocultan el sentido de su voto, podemos repartir las votantes «discretas» entre los diversos partidos políticos, teniendo en cuenta la fuerza electoral de cada uno de estos últimos. En algunos países, sobre todo en Francia, Gran Bretaña, Italia, Dinamarca y Suecia, es posible redistribuir estas «cobayas (*) recalcitrantes» en función de las actitudes que toman frente a ciertos problemas importantes y políticamente significativos.

Este segundo ordenamiento deja subsistente un margen de incertidumbre, pero lo que interesa a fin de cuentas, son las grandes líneas del problema, marcadas casi siempre con claridad por las encuestas sobre la opinión cuando se trata de una simple distinción entre votos femeninos y masculinos.

(*) Literalmente es una especie de conejo de indias. Se emplea en el texto en sentido figurado, designando el objeto de la experimentación. (N. del T.)

CONSTANTES INTERNACIONALES DEL VOTO FEMENINO

No sería adecuada una comparación a escala internacional del reparto de los hombres y de las mujeres entre las diferentes tendencias políticas, pues no se encuentran en todos los países los mismos tipos de partidos y, en la medida en que existen parecidos y parentescos entre partidos socialistas, cristiano-demócratas, comunistas, liberales, conservadores, etc., de diversos países, su fuerza electoral varía de un país a otro, pero justamente estas variaciones de naturaleza y de dimensión pueden ayudarnos a comprender el comportamiento electoral de las mujeres.

A) Comencemos por la extrema izquierda. La proporción de mujeres entre los electores comunistas está al mismo nivel en todos los países objeto de nuestro estudio, bien estén fuerte o débilmente industrializados, sean católicos o protestantes, con grandes o pequeños partidos comunistas y cualquiera que sea la naturaleza de la documentación (recuento separado de sufragios femeninos o encuesta sobre la opinión) establecida en cada uno de estos países. En Austria, de cada 100 electores comunistas, 36 eran mujeres, en 1920; en el mismo año eran 37 en Alemania y 40 en 1953; 35 en Suecia, en 1946, 1948 y 1952; 37 en Dinamarca, en 1953 y 1957; 40 en Francia, en 1946, 1951 y 1956; otras tantas en Italia en 1953 y 1958, y 41 en Holanda, en 1954.

El análisis de los resultados electorales en ciertos *Länders*, como Baviera o Turingia, y en numerosas ciudades alemanas, entre 1919 y 1933, revela que la proporción de mujeres comunistas aumentaba o disminuía de una elección a otra al mismo ritmo que la de los hombres de la misma tendencia, aunque éstos continúan siendo siempre mucho más numerosos que aquéllas. No obstante, puede observarse que los votos femeninos entre los comunistas pasan en Alemania del 37 por 100, en 1920, al 40 por 100 en 1953. Los resultados de sucesivos sondeos efectuados por los institutos de opinión pública confirman en cada país las constataciones hechas en Alemania, a saber: la proporción de mujeres en el electorado comunista se modifica muy levemente con el tiempo.

Incluso si somos escépticos sobre la posibilidad de determinar, de una manera rigurosa para cada tendencia política, la proporción entre los votos masculinos y femeninos podemos, sin embargo, considerar como perfectamente establecido el hecho de que los partidos comunistas son, en toda Europa occidental, los más perjudicados por el sufragio femenino, es decir, son los partidos más «masculinos».

B) En todos los países estudiados, con excepción de Francia y de Italia, los partidos socialistas son muy importantes (en el sentido de que obtienen

más del 40 por 100 de los votos y aún frecuentemente más del 45 por 100), cualquiera que sea su nombre oficial: social-demócrata, laborista, obrero, etc. En todas partes resultan perjudicados por el voto femenino en un grado que varía según los países, pero en todo caso lo son menos que los comunistas.

Generalmente la diferencia entre electores y electoras socialistas es más elevada en los países católicos que en los protestantes, dándose la máxima en el partido socialista italiano (no confundir con el P. S. D. I.) que es igualmente el único partido socialista de Europa occidental que proclama su fe marxista; cerca de los tres quintos de sus electores son hombres.

La diferencia entre sexos es menos importante para los social-demócratas alemanes, austríacos, franceses e italianos, que se muestran eclécticos a los principios marxistas. De Bélgica no poseemos datos, pero no sería temerario suponer que las mujeres de este país votan menos a los socialistas que los hombres.

La diferencia entre electores y electoras se reduce más aún en el partido laborista británico y en los partidos social-demócratas noruego y danés, que casi nunca invocan la doctrina marxista y que tampoco intentan favorecer la propagación del agnosticismo. En Suecia, el partido social-demócrata resultó perjudicado durante mucho tiempo por el veto femenino, pero en 1960 el partido conservador preconizó una reducción en las asignaciones familiares, a las cuales las mujeres casadas con hijos conceden más importancia que los hombres; los social-demócratas se opusieron a esta proposición de lo que resultó un desplazamiento de votos femeninos de uno a otro partido, si bien se observó por primera vez en 1960 una casi igualdad entre hombres y mujeres en el electorado social-demócrata (3).

Las distorsiones entre las actitudes de las mujeres y de los hombres carecen de importancia en el partido del trabajo holandés; más adelante veremos las razones de esto.

C) Otra categoría de partidos perjudicados por el sufragio femenino, en menor grado no obstante que los partidos socialistas, y mucho menos que los comunistas, está constituida por los liberales, radicales, republicanos, etc., partidos más bien anticuados en ciertos países y poco numerosos en todos. Algunos de ellos son partidos viejísimos (se les llama a veces «partidos históricos») que se han opuesto durante mucho tiempo a la emancipación política de las mujeres. Salvo excepciones, cuentan con tan pocos dirigentes femeninos, que hacen pocos esfuerzos para adaptarse a la masa electoral femenina (*). Con fre-

(3) Cfr. una encuesta efectuada por el Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Gothenburg y por la Oficina Real de Estadística de Estocolmo, cuyos resultados nos fueron comunicados por BO SÄRLVIK.

(*) Así está expuesta la idea en el texto original francés, mas proponemos como más

cuencia son laicos, en el sentido de preconizar la separación de la Iglesia y del Estado, algunos incluso son netamente anticlericales; esto es suficiente para que ciertas electoras se alejen de ellos, sobre todo en Francia e Italia, pero también en Noruega, Dinamarca y muy probablemente en Bélgica.

D) Si los tres tipos de partidos que acabamos de examinar resultan perjudicados por el voto femenino, hay otros dos que son por el contrario favorecidos por este voto: los conservadores y los cristiano-demócratas (4). La distinción entre unos y otros no es siempre clara, pues allí donde existen grandes partidos conservadores, no hay importantes partidos cristiano-demócratas y viceversa. Sobre este punto se imponen algunas breves consideraciones, so pena de una mala interpretación del sentido del sufragio femenino.

Los partidos cristianos no son partidos de derecha, en el sentido clásico de la palabra. Muchas veces, en razón de sus concepciones cristianas y de su base electoral, son más sensibles a las reivindicaciones de las clases sociales desheredadas y más abiertos a las reformas sociales que los partidos liberales, radicales u otros que se enorgullecen de ser izquierdistas. Estos partidos cristianos se encuentran, sin embargo, menos a la izquierda, en el sentido geométrico de la palabra, que sus principales adversarios, los socialistas y comunistas.

En países como Gran Bretaña, Suecia, Dinamarca, donde no existen partidos cristianos, son los partidos conservadores (acepción muy relativa) los que se muestran más favorables al tradicionalismo cristiano. Basta consultar su programa y analizar su vocabulario para darse cuenta de que juegan, en los países protestantes, el papel detentado a este respecto en los países católicos o parcialmente católicos, por los partidos cristiano-demócratas.

La preferencia de las mujeres por los partidos cristiano-demócratas y conservador-traditionalistas es un fenómeno general en Europa occidental. En las elecciones para el «Reichstag» en 1920, la proporción de mujeres fué del 59 por 100 entre los electores del Centro Católico (Zentrum); en el mismo año alcanzó al 56,8 por 100 entre los del partido cristiano social austríaco; una generación más tarde se mantenía al mismo nivel entre los de la C. D. U.:

lógica, a nuestro parecer, la idea inversa, es decir, «Salvo excepciones, hacen tan pocos esfuerzos para adaptarse a la masa electoral femenina, que cuentan con pocos dirigentes femeninos». (N. del T.)

(4) Adoptamos este término genérico aunque en realidad estos partidos llevan diversos nombres: Partido Social-Cristiano, en Bélgica y Austria (entre 1919 y 1935); Partido Popular, en Austria, desde 1945; Democracia Cristiana, en Italia; Movimiento Republicano Popular, en Francia; «Zentrum», bajo la República de Weimar, y Unión Cristiano-Demócrata, en la República de Bonn; Partido Cristiano Popular, en Noruega; Partido Católico, Partido Cristiano Histórico y Partido Antirrevolucionario, en Holanda, etc.

el 58,5 por 100 de mujeres en las elecciones de 1953 y el 57,7 por 100 en las de 1957. En Francia, entre los electores del M. R. P. ha variado del 58 por 100 en 1946 al 61 por 100 en 1951. En Italia, las mujeres probablemente han aportado a la Democracia Cristiana cerca de los $\frac{3}{5}$ de sus votos. Por lo que respecta al partido social cristiano belga, no se dispone de cifras; mas, ¿por qué las mujeres católicas belgas habrían de comportarse, desde el punto de vista electoral, de otra forma que sus hermanas francesas, italianas, alemanas o austríacas? (5).

La preponderancia femenina, sin ser tan importante, no es menos clara en los partidos conservador-traditionalistas; existe un 54 por 100 de mujeres en el electorado del partido conservador británico, un 57 por 100 en el danés de la misma tendencia, un 53 por 100 en los conservadores noruegos y un 54 por 100 en los suecos.

E) El voto femenino no sólo perjudica a la extrema izquierda, sino también a la extrema derecha, que no goza del apoyo de la Iglesia. En Alemania, el partido nazi (N. S. D. A. P.) obtuvo menos votos entre las mujeres que entre los hombres. De la misma manera, en Francia, el movimiento poujadista recogió menos votos femeninos que masculinos en las elecciones de enero de 1956; por ejemplo, en la ciudad de Vienne, donde los hombres y las mujeres votaron en colegios diferentes, el 19,3 por 100 de hombres frente al 15,9 por 100 de mujeres se pronunciaron por el movimiento poujadista. En Austria, en las elecciones de 1920, de cada cien electores del partido nacional-socialista, 55,2 eran hombres y sólo 44,8 mujeres (en estas elecciones las papeletas de las mujeres y de los hombres se contaron separadamente). El Movimiento Social Italiano, partido neofascista, cuenta en sus filas con menos mujeres que hombres.

(5) En las elecciones belgas de junio de 1958 uno de los principales problemas debatidos fué el de las subvenciones del Estado a las escuelas privadas católicas, con respecto a los cuales el partido socialista se declaró desfavorable. El cardenal Von Roey, primado de Bélgica, dió a los electores católicos directrices precisas. Después de haber explicado que el partido socialista y el liberal amenazaban los intereses religiosos, el cardenal concluía: «Cuando se os pregunte si un creyente puede en conciencia, en las próximas elecciones legislativas, votar por un partido que combate o amenaza los intereses religiosos o morales, es preciso responder que esto no puede justificarse y que es, en conciencia, gravemente ilícito; cuando se os pregunte si los creyentes deben estar unidos en el plano político, responderéis que ninguna razón de orden personal, económico, social, cultural, racial o político puede, en las actuales circunstancias, justificar en conciencia una escisión.»

Según RENÉ EVALENKO («Las elecciones del 1.º de junio de 1958 y sus enseñanzas», en la revista *Socialismo*, septiembre 1958, pág. 446), la pérdida de votos socialistas fué provocada esencialmente por «el electorado femenino, que sufrió, con mayor o menor fuerza, la influencia del clero».

LA MOTIVACIÓN RELIGIOSA DEL VOTO FEMENINO

Desde el punto de vista social, las mujeres se clasifican en conjunto como los hombres. En efecto, el nivel de vida de las mujeres casadas económicamente inactivas depende del de su marido. El salario de la esposa que trabaja no constituye, en la mayoría de los casos, sino un salario de ayuda. Por otra parte, en la vida económica el conjunto de las mujeres ocupa un lugar jerárquico inferior al del conjunto de los hombres. En cuanto a las jóvenes, éstas tienen el mismo origen social que sus hermanos; las viudas viven, por lo general, en condiciones materiales muy difíciles, pero permanecen adscritas, desde el punto de vista psicosocial, al medio al cual pertenecía el difunto marido. No es, pues, en el plano económico y socioprofesional donde se debe buscar la principal explicación del hecho de que el voto de las mujeres difiera del de los hombres.

En contraposición, y así lo demuestran estudios efectuados en diferentes países, existen importantes diferencias entre la actitud religiosa de los hombres y de las mujeres; además, se observa una relación muy significativa entre el sentimiento religioso y la opinión política. Es normal que las mujeres, más creyentes, más dóciles a las recomendaciones de la Iglesia, más influenciadas por el clero, tiendan, con mayor frecuencia que los hombres, a votar a favor de los partidos que beneficien directa o indirectamente, abierta o discretamente, el sostenimiento de la Iglesia.

Un voto dado a una tendencia política es forzosamente un voto rehusado a otra tendencia. Se vota generalmente más bien contra un partido que a favor de un partido; por esta razón no debemos olvidar cuál es, en los diversos países, la actitud de los adversarios de los partidos cristianos y conservador-traditionalistas con respecto a la Iglesia y a la religión en general.

En los países protestantes el laborismo no se opone a la Iglesia, la cual queda por encima de la política. Es más bien en los países católicos o medio católicos (Alemania) donde los partidos socialistas son anticlericales, repercutiendo este hecho profundamente sobre las opciones políticas de las mujeres; éstas sienten más que los hombres la oposición entre catolicismo y socialismo, antagonismo que se radicaliza en dos países católicos y latinos, Francia e Italia, donde el principal adversario de los partidos de tradición cristiana es el comunismo y no la social-democracia. Conciliar sus sentimientos de católico con su simpatía hacia el partido comunista es ya difícil para los hombres, pero lo es mucho más para las mujeres.

De esta manera el factor religioso actúa sobre el voto femenino de una for-

ma muy desigual según los países, como podemos verlo en tres ejemplos significativos:

A) Es en Italia donde se observa la diferencia más considerable entre los votos femeninos y masculinos, porque en este país de 1945 a 1961, la vida política ha sido un combate entre catolicismo y marxismo, concepciones que se traducían en el plano electoral por dos fuerzas: democracia cristiana, de un lado, comunismo y socialismo, de otro, de importancia numérica semejante, que en conjunto reunían en su órbita las tres cuartas partes del cuerpo electoral.

En este país la religión está tan íntimamente ligada a la vida política que la jerarquía eclesiástica estima necesario intervenir en la campaña electoral. Días antes de las elecciones de 1958, un comunicado de la Conferencia episcopal, hecho público por todas las parroquias, recomendaba a los católicos «unir sus votos para defender la vida cristiana del país». El *Osservatore Romano* y los periódicos católicos disiparon todo equívoco designando al partido demócrata-cristiano como «el partido de los católicos»; mucho antes un decreto de la Iglesia excomulgó a todos los que «se adhiriesen a la teoría del materialismo ateo, lo sostuvieren y lo propagaren». Un hecho observado corrientemente en todo el mundo es el de que las mujeres son más sensibles que los hombres a este pronunciamiento, que el militante político conoce empíricamente casi tan bien como el sociólogo y el novelista ha hecho notar con tanta finura como el psicólogo. A la pregunta hecha por los investigadores del Istituto Doxa: «Cree usted que se puede ser al mismo tiempo un buen comunista y un buen católico», el 69 por 100 de las mujeres respondieron negativamente. El socialismo no está considerado, tan frecuentemente como el comunismo, como incompatible con el catolicismo, pero lo que aquí nos importa es saber que hay más mujeres (44 por 100) que hombres (30 por 100) en estimarlos irreconciliables. La relación entre las respuestas y la simpatía manifestada por las personas interrogadas con respecto a los partidos es muy significativa, revelando que la mayoría de los que creen que no existe contradicción entre la tendencia comunista o socialista y el sentimiento católico son electores favorables al partido comunista o socialista. Es muy probable que los sentimientos religiosos de esas personas sean tibios e incluso que muchas de ellas sean agnósticas. Por el contrario, los creyentes estiman que el marxismo y el catolicismo se oponen radicalmente. El elector creyente, y muy particularmente la electora creyente, no puede tener en cuenta, al votar, únicamente sus intereses económicos y socio-profesionales —suponiendo que los perciba claramente, lo cual no es siempre seguro—, sino que debe «comportarse como buen católico», es decir, «votar contra los enemigos de la Iglesia» (6).

(6) Cfr. M. DOGAN: *Le donne italiane tra il cattolicesimo e il marxismo*, contribu-

B) En Gran Bretaña asistimos a un competición entre un laborismo temperado y un conservadurismo que no lo es menos, no invocándose como en Italia argumentos en pro o en contra de la influencia de la Iglesia. La mujer británica de origen social modesto experimenta menos sentimientos ambivalentes; consigue conciliar sus sentimientos religiosos con su voto a favor del partido laborista más fácilmente que la mujer italiana, francesa, alemana o austríaca del mismo origen social, para quienes votar al comunismo o incluso al socialismo, y aun a los radicales o liberales, equivale a contradecir sus sentimientos católicos. En consecuencia, la diferencia entre la orientación del electorado masculino y femenino es mucho más débil en Gran Bretaña que en Italia. Las fuerzas contendientes no son las mismas y sobre todo no se enfrentan hoy día en el plano religioso, aunque el «two party system» tenga sus orígenes en la Reforma y en otros tiempos el partido *Tory* fuese el de la Iglesia Anglicana y los *Whigs* hayan sido puritanos. No se crea por esto que el factor religioso no interviene en absoluto en la determinación de las opiniones políticas, sólo que sus defectos son limitados y mucho más en los hombres que en las mujeres.

C) En Holanda las tendencias políticas tienen, en gran medida, una base religiosa. En efecto, existen en este país un partido católico y dos protestantes que reúnen en conjunto cerca del 55 por 100 de los votos el partido obrero holandés creó una sección católica y otra protestante, si bien son numéricamente débiles; además, de cada cinco electores dos son «humanistas» (personas sin religión), los cuales constituyen el 17 por 100 de la población. No obstante, es significativo que el partido obrero se presente como un partido interreligioso, no preconizando un racionalismo de tendencia antirreligiosa, cosa harto frecuente en otros socialdemócratas europeos.

La casi totalidad (96 por 100) de los electores del partido católico son católicos; el 94 por 100 de los electores de la Unión Cristiana Histórica pertenecen a la Iglesia Reformada Neerlandesa; el 58 por 100 de los del partido antirrevolucionario están ligados a la Iglesia Reformada Libre (que reúne el 9,7 por 100 de la población) y el 35 por 100 a la Iglesia Reformada Neerlandesa. Finalmente, los partidos obrero, liberal y comunista atraen casi todos los votos de los «humanistas» (7).

La consecuencia de esta estratificación político-religiosa es que las relaciones entre la filiación política, de una parte, y las clases sociales, categorías de edad y sexo, de la otra, son más débiles en este país que en los demás de

ción a una obra colectiva sobre las elecciones italianas de mayo de 1958, Roma, Ediciones Comunità, 1962 (en prensa).

(7) Cfr. Nederlands Instituut voor de Publieke Opinie: *De Nederlandse Kiezer*, Gravenhage, 1956, pág. 85.

la Europa occidental, si bien dichas diferencias de orientación política entre hombres y mujeres se pueden observar también aquí, como la demuestra una encuesta del Nederlands Instituut voor de Publieke Opinie, aunque tales diferencias sean prácticamente insustanciales, salvo para los partidos comunista y liberal, que son pequeños partidos, y para el partido antirrevolucionario, que no se muestra favorable a la emancipación política de las mujeres. Estando esencialmente las opciones políticas, incluso para la mayoría de los hombres, en función de la pertenencia religiosa, las diferencias de intensidad entre los sentimientos religiosos de los hombres y de las mujeres no se traducen en el plano electoral en divergencias significativas.

LA INFLUENCIA MARITAL SOBRE EL VOTO FEMENINO

Para interpretar la orientación política de las mujeres, la simple distinción entre votos masculinos y femeninos no es suficiente, pues el comportamiento político varía en función de otros factores, principalmente de edad y de estado civil. El análisis de estas variaciones exige recurrir a cuádruples correlaciones entre el voto, el sexo, la edad y el estado civil; pero las muestras usadas normalmente en las encuestas sobre el comportamiento político no se prestan sino a relaciones relativamente simples, pues el margen de error probable aumenta, en una misma muestra, a medida que extraemos relaciones. Teóricamente es posible utilizar muestras muy extensas que permitan una «ventilación» de los resultados en función de varios factores simultáneos, sin que por ello se resienta demasiado la precisión de las correlaciones así establecidas. En la práctica, la medida de las muestras está limitada por los medios financieros de las instituciones de investigación.

En la mayoría de los países se dispone de relaciones entre el voto, el sexo y la edad, las cuales permiten deducir indirectamente indicaciones sobre el voto de las mujeres casadas y el de las mujeres sin marido (viudas, solteras o divorciadas). Disponemos además de los resultados de varias encuestas referentes a la identidad de los votos del marido y de su esposa, siendo este hecho el que debemos establecer primeramente.

Las mujeres, sobre todo las que no ejercen ninguna profesión, se interesan menos que los hombres por la política. Poco informadas en asuntos públicos, adoptan la gran mayoría de ellas, si están casadas, el punto de vista de su esposo, incluso si son más fieles a las tradiciones cristianas que su marido. No se plantean problemas de ideología política, no dan a su voto ningún valor simbólico, lo cual les permite sumarlo al de su marido, que, integrado

en la vida económica y sindical, puede conocer mejor los intereses de la categoría social a la que él mismo pertenece y, por lo tanto, su familia.

A causa de esta influencia del marido sobre su mujer o, con menor frecuencia, de la esposa sobre su marido, la proporción de cónyuges que votan de forma idéntica parece ser muy elevada en casi todos los países. Es difícil determinar la proporción exacta, pues algunas de las personas interrogadas declararon no saber cómo votó su marido (o su esposa). Teniendo en cuenta solamente a las personas que dieron una respuesta precisa, observamos que la frecuencia del voto idéntico es de un 86 por 100 en Dinamarca, un 89 por 100 en Noruega, un 85 por 100 en Francia, un 82 por 100 en Gran Bretaña, un 92 por 100 en Amsterdam, etc. Es, sin embargo, la ausencia de identidad de votos más frecuente entre las personas que ignoran (o les agrada declarar que ignoran) el sentido del voto de su cónyuge.

Sea como sea, podemos admitir que las divergencias constatadas por los diferentes partidos entre votos masculinos y femeninos no deben ser atribuidas sino en pequeña medida a las electoras y electores casados.

La identidad de voto entre marido y mujer es realmente menos frecuente en Italia que en la mayoría de los demás países occidentales, por una doble razón: como hemos anotado ya, la motivación religiosa del voto interviene más eficazmente en este país que en los demás, ya sean católicos o protestantes; como el principal adversario del partido de inspiración católica no es el partido social-demócrata, como en Bélgica, Alemania, Austria u Holanda, sino el partido comunista, la jerarquía eclesiástica condena, por consiguiente, más severamente el voto comunista que el socialista; además, el partido socialista italiano permanece fiel a la ideología marxista, en tanto que los socialistas de otros países son bastante eclécticos desde el punto de vista ideológico.

El análisis de las diferencias de orientación política entre sexos según las categorías de edad confirma indirectamente los resultados de las encuestas sobre la frecuencia de la identidad de votos entre cónyuges. Efectivamente, en todos los países considerados la divergencia entre los votos masculinos y femeninos es relativamente importante en las capas más ancianas del electorado, que comprenden muchos viudos y sobre todo viudas; y en las capas más jóvenes, compuestas en gran parte por solteros. Por el contrario, en los estratos de edad mediana, donde la proporción de personas casadas es muy elevada, la diferencia entre la orientación política de las mujeres y de los hombres es relativamente pequeña.

Debemos fijar, pues, nuestra atención en el comportamiento electoral de las electoras no casadas, que constituyen, según los países, del 30 al 40 por

100 del electorado femenino (8). Entre estas personas nos interesan particularmente dos categorías, en razón de su importancia numérica: las viudas con edad (9) y las jóvenes solteras (éstas son menos numerosas que los jóvenes solteros, pues se casan antes en la mayoría de los casos). Como nos falta lugar para examinar la situación en todos los países estudiados, nos limitaremos a dar tres ejemplos:

En Suecia, el voto de las mujeres casadas y el de las solteras y viudas fué objeto de varias encuestas. La divergencia electoral entre los dos sexos es débil entre las personas casadas; por el contrario, es muy grande cuando se trata de hombres sin esposa o de mujeres sin marido. Con motivo de una encuesta efectuada en 1946 (10) se observó que una proporción casi igual de hombres y de mujeres casados votaron o por el partido conservador o por el partido liberal, mientras que entre los solteros el 23 por 100 de los hombres y el 43 por 100 de las mujeres eligieron uno de estos dos partidos; el 26 por 100 de los viudos y divorciados, frente al 38 por 100 de las mujeres en igual estado, votaron en el mismo sentido. Casi la mitad de las esposas cuyos maridos votaron por el partido comunista no adoptaron la opinión de éstos. Los resultados de la encuesta tienden a demostrar que estas esposas de electores comunistas dieron sus votos al partido social-demócrata; recogiendo, en consecuencia, muy pocos votos al partido comunista.

En las elecciones de 1960 se observó también que las mujeres sin marido votaron menos (32 por 100) a los socialistas que las mujeres casadas (52 por 100) (a excepción de las personas que no respondieron a la encuesta). Vemos, pues, que la discordancia entre el comportamiento político de las mujeres casadas y el de las sin marido se acusó en 1960. La razón de esto radica en el hecho, ya señalado, de que una de las cuestiones principales de estas elecciones consistía en el problema de las asignaciones familiares y más concretamente en el mantenimiento o la supresión de la asignación para el primer hijo.

En Noruega podemos sentar el hecho de la relación cuádruple entre el voto, el sexo, la edad y el estado civil.

a) Mientras una parte de las mujeres solteras (jóvenes o viejas) y de las

(8) Las mujeres sin marido (viudas, solteras o divorciadas) constituyen el 30 por 100 de las electoras estadounidenses, el 33 por 100 en Gran Bretaña y Bélgica, el 36 por 100 en Suecia, el 38 por 100 en Francia, el 39 por 100 en Alemania Occidental y en Italia (censos de los años 1950-1960).

(9) En Francia existen, según el censo de 1954, 2.500.000 viudas mayores de cincuenta años; en la misma época en Gran Bretaña, 2.300.000; en Italia, 1.700.000, a las cuales debemos añadir las mujeres de edad solteras.

(10) Ver el estudio de H. INGOLFSON y R. HAGMAN, en E. *Hastad*: «Gallup och den svenska valjarkaren»; Gebers Sociologiska Bibliotek, Uppsala, 1950.

viudas de edad votan a los laboristas, cerca de la mitad de las mujeres casadas, sea cual fuere su edad, dan su voto favorable a los mismos.

b) Más de la mitad de las mujeres sin marido y de las de edad superior a cincuenta años dan su voto ya al partido conservador, ya al popular-cristiano, que no reúnen juntos, sin embargo, sino el 28 por 100 de los votos de todo el electorado masculino y femenino.

c) Los dos quintos de las jóvenes solteras menores de treinta años no votan, y sólo un cuarto de esta categoría da su voto al partido laborista, frente a la mitad de los votos de las mujeres casadas pertenecientes a la misma generación.

d) Las diferencias de comportamiento político entre las mujeres casadas y las solteras son mayores en las edades extremas (muy jóvenes o muy viejas) del electorado femenino que en las clases de edad mediana.

e) Si bien el partido laborista no es favorecido por el voto femenino, no son, sin embargo, las mujeres casadas las responsables de este hecho, ya que, en general, votan como su marido. La razón de este perjuicio se encuentra en el comportamiento político de las viudas y de las solteras.

En Italia la distorsión observada entre el sufragio masculino y el femenino está provocada en gran parte por el voto de las mujeres sin marido, más concretamente, por las viudas mayores y por las solteras muy jóvenes. Esta distinción encuentra dos confirmaciones: primeramente en la relación entre el voto, el sexo y la edad; después, en los resultados electorales registrados en los colegios reservados a los muchachos que cumplían el servicio militar, así como en algunos pueblos del Mediodía, donde la mayoría de los hombres muy jóvenes habían emigrado; de manera que el electorado menor de veinticinco años se componía esencialmente de jóvenes solteras. (Este electorado puede ser obtenido confrontando los resultados de las elecciones para la Cámara con los de las elecciones senatoriales, registrados en estos pueblos). Dichos datos son demasiado detallados y variados como para reproducirlos aquí inútilmente, pero de su examen resulta que en conjunto las mujeres solteras votan relativamente en una gran proporción por el partido demócrata-cristiano, pronunciándose por el contrario los jóvenes solteros por el partido comunista también en una gran proporción.

En las elecciones de 1958, tanto los demócratas-cristianos como los comunistas fueron favorecidos por los electores de veintiún a veinticinco años de edad, pero es importante tener en cuenta que el éxito del partido demócrata-cristiano en la nueva generación se debe esencialmente al voto de las jóvenes electoras en tanto que el del partido comunista es imputable al voto de los electores jóvenes.

El partido demócrata-cristiano contaba en 1958 con un excedente de más

de tres millones de mujeres, entre las cuales las viudas mayores de sesenta años y las jovencísimas electoras solteras eran, sin duda alguna, muy numerosas, si bien dicha estimación no puede ser suficientemente fundada. La proporción de solteras que votan a los demócrata-cristianos es mucho mayor que la de las mujeres casadas. Sin embargo, éstas, más numerosas que aquéllas, ya que constituyen el 61 por 100 del electorado femenino total, forman la mayoría absoluta de las mujeres que votan a favor del partido demócrata-cristiano, pese a que dicho partido sea más favorablemente acogido por las viudas de edad y las jóvenes célibes.

La preponderancia de hombres jóvenes en los partidos de izquierda y de las mujeres mayores en los tradicionalistas es un fenómeno general en Europa, en tanto que las preferencias de las mujeres jóvenes tienden claramente a los partidos cristiano-demócratas, siendo el fenómeno menos considerable en los partidos conservadores. Las diferencias políticas entre los sexos encubren, pues, en cierta medida, diferencias de edad (éstas serían sin duda más claras si los partidos de izquierda no fuesen los mayores defensores de los jubilados).

Estas constataciones nos invitan a una breve conclusión: aunque se puede admitir que la gran mayoría de las mujeres y de los hombres casados votan de idéntica manera, debemos admitir también que el excedente de hombres jóvenes observado en los partidos de izquierda se forma sobre todo por solteros, que el de las mujeres jóvenes que votan por los partidos tradicionalistas de todas las tendencias está compuesto igualmente de solteras y, finalmente, que el de las mujeres de edad, tan numerosas en los partidos cristiano-demócratas o conservadores, está constituido eminentemente por viudas (11).

EL VOTO DE LAS MUJERES DE MODESTA CONDICIÓN SOCIAL

En las clases medias y en la burguesía no es frecuente que, cuando el hombre vota a los conservadores o a los demócrata-cristianos, su esposa, su madre, su hermana o su hija prefieran votar a los socialistas o a los comunistas; el caso sería anormal. El excedente de votos femeninos obtenidos por los partidos demócrata-cristianos o conservadores en los diferentes países, resulta, pues, en gran parte, de la clase obrera o de los pequeños campesinos. En consecuencia, la divergencia entre el sufragio masculino y femenino es mayor en las categorías sociales modestas que en las clases medias o en la burguesía.

(11) Este reparto debe ponerse en relación con el hecho, observado en muchos países, de que son las mujeres muy ancianas las más adictas a la Iglesia, en tanto que los hombres jóvenes son los que manifiestan con más frecuencia una cierta indiferencia religiosa.

En Italia, como lo sugieren diversas encuestas, el excedente de mujeres observado en el electorado del partido demócrata-cristiano es más importante en los medios rurales que en los urbanos.

En el referéndum francés de enero de 1961, en los cuatro colegios electorales de la ciudad de Lyon, donde los hombres y las mujeres depositaron sus papeletas en urnas diferentes, la divergencia entre el voto femenino y masculino fué más sensible en el distrito de predominio obrero que en aquel en el que predominaba la clase media.

Una encuesta efectuada en Greenwich (12), dentro de la aglomeración londinense, nos demuestra que, entre las mujeres de condición obrera, la tendencia conservadora varía mucho con la edad; las mujeres mayores de cincuenta años votan a los conservadores en una proporción dos veces mayor que las de edad mediana. De otra parte, las viudas y las mujeres solteras de la clase obrera votan frecuentemente en este sentido más que las mujeres casadas del mismo origen social. En las clases medias la distorsión entre el voto femenino y masculino varía mucho menos en función de la edad o del estado civil. El contraste más fuerte se observa en el comportamiento electoral de las ancianas de condición modesta y en de los hombres jóvenes de la misma condición social; el voto conservador varía, en efecto, de un 47 a un 15 por 100. Las observaciones hechas en Greenwich no pueden hacerse extensibles al conjunto del electorado británico, aunque se hayan confirmado en otras localidades, por ejemplo, en Stretford (Lancashire), donde los tres cuartos de los votos conservadores en el medio obrero son femeninos (13). De todas formas, la responsabilidad o el mérito de que el partido laborista obtenga menos de la mitad de los sufragios —aunque los dos tercios del cuerpo electoral británico sean de condición obrera— recae, en gran parte, sobre las mujeres de edad de modesta condición social.

En Alemania, el análisis de las divergencias entre el voto masculino y femenino en los distritos de preponderancia obrera y en aquellos donde las clases medias urbanas o los agricultores son numerosas, muestra que la distorsión electoral entre los dos sexos es muy importante en la clase trabajadora, sobre todo cuando se trata de regiones de mayoría católica (14). En un estudio sobre las elecciones de 1953, J. Linz observó, entre los electores y electoras de con-

(12) Cfr. BENNEY, GRAY y PEAR: *How People vote, A study of electoral Behaviour in Greenwich*, Londres, 1956, págs. 105-110.

(13) A. H. BIRCH y P. CAMPBELL: «Voting behaviour in a Lancashire Constituency», en *British Journal of Sociology*, septiembre 1950.

(14) Cfr. Statistik der Bundesrepublik Deutschland: *Die Wahl zum 3 Deutschen Bundestag*, septiembre 1957, Heft 2.

dición obrera, un excedente del 14 por 100 de mujeres en favor del partido cristiano-demócrata (15).

Una encuesta muy completa efectuada en Finlandia por E. Allardt (16) llegó a la misma conclusión. La proporción de hombres (41 por 100) de condición obrera que manifiestan su preferencia hacia el partido comunista es, mucho más elevada que la de las mujeres (27 por 100) de la misma condición. En oposición, para el partido socialista, la proporción de mujeres de condición obrera (36 por 100) es ligeramente superior a la de los obreros (32 por 100), pero, como no es favorecido por el voto femenino de las clases medias, este partido permanece con mayoría masculina. Finalmente, el número de mujeres de condición obrera que no votan ni a los comunistas ni a los socialistas es probablemente superior al de los hombres que, en la pequeña o media burguesía, se pronuncian por estos partidos.

En Noruega, Stein Rokkan (17) observó, en la clase obrera de la industria, una diferencia de diez puntos entre la proporción de hombres y de mujeres socialistas o comunistas; en las demás categorías profesionales la diferencia es menor, salvo en los propietarios agrícolas cuyas mujeres manifiestan una clara preferencia por el partido cristiano o por el partido agrario.

En los Estados Unidos, donde las tendencias políticas no varían en función de la condición social tanto como en Europa, es más difícil establecer las diferencias entre el voto de los hombres y el de las mujeres, en el medio obrero por una parte, y en las clases medias por otra. En este país no es en el voto en sí donde debemos fijarnos, sino más bien en las variaciones del abstencionismo femenino según las categorías sociales, ya que el potencial político del mismo es considerable. Se sabe, en efecto, que los republicanos son más numerosos en las categorías de renta alta, mejor instruidas, y en los estratos socioprofesionales de nivel superior o medio, en tanto que los demócratas se reclutan preferentemente en las categorías sociales opuestas. Las mujeres de modesta condición social se abstienen mucho más (18); o dicho de otra manera, en el medio social en que es frecuente la tendencia favorable al partido demócrata, una gran proporción de mujeres no acude a las urnas, y en el medio social virtualmente favorable al partido republicano las mujeres son más asiduas. Es, pues, razonable suponer que una disminución de las abstenciones

(15) JEAN J. LINZ: *The social basis of West Germans politics* (en prensa). Ejemplar hecho a multicopista.

(16) ERIK ALLARDT: *Social class, political cleavages and social conflicts in Finland*.

(17) STEIN ROKKAN: *Statut socio-professionnel et préférence politique en Norvège* (Chr. Michelsens Institute, ejemplar hecho a multicopista).

(18) CAMPBELL, CONVERSE, MILLER y STOKES: *The American Voter*, Survey Research Center, University of Michigan, 1960, pág. 493.

femeninas en el medio obrero entrañaría un beneficio para el partido demócrata; la abstención masiva de las mujeres de condición social modesta, equivale en la práctica a una ayuda al partido republicano, siendo, sin embargo, muchas de estas mujeres abstencionistas potencialmente de tendencia demócrata, como lo prueban numerosos estudios. Los autores americanos (19) hacen, en efecto, una distinción entre «demócrata firme» y «demócrata tibio», de la misma manera que para los republicanos. En realidad, no miden tanto la firmeza de las opiniones, como el interés por la política, según manifiestan los autores de *People's Choice* (20): «Los hombres son mejores ciudadanos pero las mujeres son más lógicas; si no se interesan, no votan»; y de la misma manera los autores de *Voting* (21): «Las mujeres —no tan politizadas como los hombres— se incorporan menos por el voto que los mismos a su clase social.» De esta manera el apoyo concedido al partido demócrata por los hombres de la clase obrera está parcialmente anulado, en la práctica, por la abstención de un gran número de mujeres de la misma clase social que si participasen en el escrutinio votarían a los demócratas en su mayoría.

¿ES EL VOTO FEMENINO CONSERVADOR O TRADICIONALISTA?

Acabamos de apuntar por una parte que la explicación principal de la distorsión entre el sufragio masculino y femenino es de orden religioso, y por otra, que esta distorsión es más importante en las categorías sociales modestas que en las clases medias o en la burguesía. Esta doble observación nos lleva a dar al voto femenino, en la medida en que difiere del masculino, un sentido más bien tradicionalista que conservador.

Las mujeres pertenecientes a la alta o media burguesía tienen bastantes razones para no votar ni a los comunistas ni a los socialistas. En estos medios sociales la intervención del factor religioso en el voto femenino es, pues, supérflua. Por otra parte, no se puede descubrir en el voto de las mujeres de condición burguesa la razón principal del mismo —influencia religiosa o condición socioeconómica— pues los hombres de la misma clase social votan igualmente contra el comunismo o el socialismo.

La motivación religiosa y la motivación socioeconómica del voto son difícilmente dissociables, salvo para los buenos cristianos que sean simultánea-

(19) Ver, sobre todo, A. CAMPBELL y H. COOPER: *Group differences in attitudes and votes*, Institute for Social Research, University of Michigan, 1956, págs. 40-42.

(20) LAZARSFELD, BERELSON, GAUDET: *The people's Choice*, Nueva York, Columbia University Press, caps. V y XV.

(21) BERELSON, LAZARSFELD, MC-PHEE: *Voting*, University of Chicago Press, 1954.

mente «buenos burgueses» y que tienen así una doble razón al votar contra los comunistas. Sin embargo, en Francia, Italia, Bélgica, Alemania y Austria hay «buenos burgueses» que son malos católicos y que no obstante votan por el partido cristiano porque estiman, y no se equivocan, que este partido puede, con más eficacia que los grupos de derecha, combatir al comunismo o al socialismo.

Es en el medio campesino y obrero donde puede aparecer en la electora una ambivalencia de sentimientos, que podría desencadenar un conflicto entre el sentimiento de pertenecer a la comunidad católica y el de estar clasificada en una clase social perjudicada, mejor defendida en ciertos aspectos por los «partidos ateos» y donde la motivación religiosa del voto prima sobre la socio-económica.

Por razón de esta motivación religiosa, el voto de estas mujeres del medio obrero o campesino no debe ser interpretado como un voto conservador. Si la viuda, la esposa o la hija de un colono, de un obrero agrícola o de un obrero de la industria, no votan a los comunistas o a los socialistas es porque su adhesión a la tradición cristiana las previene contra las ideologías políticas condenadas por la Iglesia y no porque deseen el mantenimiento de la economía capitalista o la salvaguardia de los intereses de los grandes propietarios de terreno. Moral y lógicamente, la tradición cristiana no está ligada al capitalismo industrial o agrario, pero en los países católicos, el comunismo y el socialismo, en razón de circunstancias presentes en el ánimo de todos, han sido siempre anticlericales y, algunas veces, por razones filosóficas, antirreligiosos, pues existe —aunque sea superfluo recordarlo— una incompatibilidad fundamental entre las concepciones de la Iglesia y las del marxismo.

El voto de las electoras de modesta condición social debe ser interpretado como un voto tradicionalista incluso por los izquierdistas que piensan que tal voto es explotado, en fin de cuentas, por el conservadurismo económico y social.

LAS CONSECUENCIAS DEL VOTO FEMENINO

Una vez admitida, como hemos demostrado, la existencia de una divergencia entre el voto femenino y masculino, nos falta examinar sus consecuencias.

Hemos visto que esta diferencia es, ya considerable, ya relativamente débil, pero la influencia del voto femenino no se mide únicamente por ella, que puede ser muy grande sin entrañar grandes consecuencias, o por el contrario, débil, revelandose decisiva. Su eficacia depende de su valor marginal, en el sentido dado por los economistas a este término; mas la diferencia entre el

voto femenino y masculino tiene un valor marginal solamente en ciertas circunstancias, en ciertas coyunturas, a saber, cuando un solo partido político obtiene algo más o algo menos de la mayoría absoluta de los sufragios o, al menos, de los puestos parlamentarios. No se trata de una simple consideración teórica, pues el voto femenino ha tenido efectivamente un gran valor marginal, tan grande que ha cambiado la naturaleza, el color de la mayoría absoluta electoral, o por la menos parlamentaria, en la mayoría de los países de Europa occidental, sobre todo desde 1945 e incluso algunas veces antes de esta fecha.

En Alemania, en las elecciones de 1953, la C. D. U. obtuvo el 43,7 por 100 de los votos y el 50 por 100 de los escaños (en el medio masculino, la C. D. U. reunió sólo el 37,9 por 100 de los votos), fué, pues, el sufragio femenino el que le permitió ocupar la mayoría absoluta de los puestos en el Bundestag. En las elecciones de 1957 la C. D. U. obtuvo la mayoría absoluta de los votos gracias al sufragio femenino.

El valor marginal del voto femenino no fué menor en 1919; sin embargo, después de la Primera Guerra Mundial jugó un papel inverso, pues impidió la existencia de una mayoría absoluta en la Asamblea constituyente. Efectivamente, sobre un total de 26.800.000 de votos válidamente emitidos, 11.500.000, es decir un 43 por 100, eran socialistas; según una estadística incompleta pero oficial y bastante representativa de las diversas regiones de Alemania, el 57 por 100 de los electores del P. S. D. eran hombres, es decir 6.560.000, constituyendo el 51 por 100 del total de 13.000.000 de votos masculinos válidos. Si tomamos esta última cifra como base 100, la proporción de socialistas entre los hombres aumenta, pues las votantes fueron más numerosas que los votantes, pese al abstencionismo femenino ligeramente más elevado que el masculino. Se pueden estimar en casi un 53 por 100 los votos que habrían ido al P. S. D. alemán en 1919 en la hipótesis de un sufragio exclusivamente masculino, sin tener en cuenta los 2.300.000 de votos dados a los socialistas independientes. Si las mujeres no hubiesen votado hubiera habido una mayoría social-demócrata absoluta, homogénea y coherente en el Parlamento de Weimar después de las elecciones de 1919.

En Austria, en las elecciones de 1920, el 88 por 100 de los sufragios masculinos y femeninos fueron contados separadamente. La diferencia hombres-mujeres en el electorado del partido cristiano-social fué de un 13,6 por 100 en favor de las mujeres, y de un 6 por 100 en favor de los hombres en el partido social-demócrata. El partido cristiano-social obtuvo el 43,5 por 100 de los votos, y el social-demócrata el 35,5 por 100; en la hipótesis de un sufragio exclusivamente masculino sería este último partido el que se hubiera puesto a la cabeza. No obstante, aunque la diferencia entre los votos masculinos y femeninos fuese muy importante, el voto de las mujeres no aseguró la supre-

macía del partido cristiano-social. Suponiendo que el reparto de sufragios según el sexo hubiera sido el mismo en 1919 (22) que en 1920, el P. S. D., que había recogido el 40,8 por 100 de los votos en 1919 (35,5 por 100 en 1920), hubiera debido reunir en el plano masculino 642.000 votos sobre un total de 1.434.000 (23), es decir, un 45 por 100; dispondría entonces de más escaños (48 por 100) sin llegar a alcanzar, sin embargo, la mayoría absoluta en el Parlamento.

Después de la Segunda Guerra Mundial el partido cristiano-social renace bajo el nombre de partido popular, prosiguiendo con una directriz católica. En las elecciones de 1945, en las que las mujeres y los hombres votaron con papeletas de colores diferentes, este partido recogió el 49,9 por 100 de los votos y más de la mitad de los escaños; por su parte el P. S. D. obtuvo el 45,1 por 100 de los votos. Si las austríacas no hubieran participado en el escrutinio de 1945, es seguro que el partido social-demócrata hubiera conquistado la mayoría de los escaños y muy probablemente la de los votos.

En las elecciones posteriores de 1949 y 1953, como en las de 1919 y 1920, el voto femenino no tuvo valor marginal; el partido popular con el 44,2 por 100 de los votos en 1949 y el 41,3 por 100 en 1953, no volvió a obtener la mayoría absoluta de los puestos parlamentarios, y los socialistas perdieron sus posiciones de 1945. Además del partido comunista, un nuevo partido, la Liga de los Independientes entra en la lid electoral a partir de 1949, pero en las elecciones de 1956 los liberales perdían votos y escaños en beneficio del partido popular, que obtuvo el 46 por 100 de los sufragios y 82 escaños sobre un total de 165. Sin ninguna duda, fué gracias al voto de las mujeres como pudo gozar la mayoría absoluta en el Parlamento, ya que si hubiesen votado sólo los hombres serían los socialistas y comunistas los que habrían podido alcanzarla con precisión (24).

En Bélgica, el partido social-cristiano obtuvo, en las elecciones de 1950, el 47,7 por 100 de los votos y la mayoría absoluta de los escaños. Aplicando a este país las consideraciones hechas en los demás países católicos, se puede admitir como cierto que este partido fué favorecido, más o menos, por el electorado femenino, no excluyéndose por lo tanto, que si sólo los hombres hubiesen tenido derecho al voto, no habría dispuesto de la mayoría absoluta de los escaños parlamentarios; no dejando de repercutir quizá la ausencia de tal

(22) En las elecciones austríacas de 1919, los votos femeninos no fueron contados aparte.

(23) Cfr. *Die Wahlen für die Konstituierende Nationalversammlung*, 1 Heft, Viena, 1919.

(24) Bien entendido que esta hipótesis es muy teórica, pues Austria se gobernó desde 1945 por una coalición de los partidos popular y social-demócrata.

mayoría sobre la composición política del gobierno. Por lo demás, incluso con el voto de las mujeres, perdió la mayoría absoluta en las elecciones de 1954 (42 por 100 de los votos y 45 por 100 de los escaños). En las elecciones de junio de 1958 el partido social-cristiano recogió el 46,5 por 100 de los votos y obtuvo 104 escaños sobre un total de 212; los socialistas y los liberales perdieron la mayoría en la Cámara (105 escaños en vez de 111) que sin el voto de las mujeres probablemente hubieran podido conservar.

En Finlandia, el partido social-demócrata y el partido popular (comunista), reunían juntos en 1945 el 46 por 100 de los votos y detentaban 200 de los escaños. Los no socialistas conservaban, en las elecciones de 1951, una superioridad de 10.000 votos y de 4 escaños, y en 1954 una ventaja de 50.000 sufragios y de 3 escaños. Sin el voto de las mujeres los socialistas y los comunistas habrían sobrepasado la mayoría absoluta parlamentaria en las elecciones de 1945, 1948, 1951 y 1954, si bien la obtuvieron en 1958.

En un régimen bipartito como el de la Gran Bretaña, donde los partidos con vocación gubernamental son fuerzas casi iguales, una débil diferencia entre los votos masculinos y femeninos puede desnivelar la balanza electoral. En este país el cambio de opinión de una pequeña fracción de los electores basta, cuando la competición electoral es reñida, para provocar la inversión de la mayoría parlamentaria e introducir un cambio de gabinete. Este fenómeno ha sido llamado por los especialistas ingleses la «ley del cubo»; según esta ley, si la proporción de los sufragios recogidos por los dos partidos es de A/B , el de los escaños será de A^3/B^3 ; esto significa concretamente que una ligera divergencia de votos se traduce en una fuerte diferencia de escaños. «Una pérdida de votos del orden del 1 por 100 en la totalidad del país hubiera sido suficiente para modificar el resultado de las elecciones de 1950 y de 1951» (25), resultado de los sondeos efectuados por el «British Institute of Public Opinion», que la diferencia entre sexos es más que suficiente para obtener un resultado semejante. En consecuencia, estamos en el derecho de suponer que, si solamente hubiesen tenido opción al voto los hombres en las elecciones de 1950, el partido laborista hubiera dispuesto en la Cámara de los Comunes, gracias a esta «ley del cubo», de una mayoría confortable, evitando así, al año siguiente, nuevas elecciones. Por otra parte, en las elecciones de 1951, dada la débil diferencia entre los votos obtenidos por los dos grandes partidos (13.700.000 y 13.900.000), los conservadores no hubieran continuado, sin duda, en el poder si sólo los hombres hubieran votado. En las elecciones de 1955, la diferencia del 3,3 por 100 entre los votos conservadores y los labo-

(25) D. BUTLER: «La portée des études électorales», en *Revue Française de Sciences Politiques*, abril 1952.

ristas puede ser atribuida al voto de las mujeres; pero en 1959 el partido laborista hubiera sido vencido incluso si las mujeres no hubieran votado.

En Francia, según una encuesta del «Institut Français d'Opinion Publique», la Constitución sometida al referéndum del 5 de mayo de 1946 fué rechazada por las mujeres. El general De Gaulle y el M. R. P. no habían aprobado este proyecto de Constitución, que por el contrario fué sostenido por los parlamentarios comunistas y socialistas; la mitad de los hombres y algo más de un tercio de las mujeres fueron favorables al proyecto constitucional, que fué rechazado finalmente por un 53 por 100 contra un 47 por 100 de los votos. Los resultados obtenidos oficialmente en los colegios electorales reservados a las mujeres en las ciudades de Vienne, Grenoble y Belfort confirman en la esfera local los resultados de la encuesta del «I. F. O. P.», efectuada a escala nacional.

Sin el voto de las mujeres, Francia hubiera conocido después de la liberación un gobierno apoyado en una mayoría parlamentaria compuesta únicamente de socialistas y comunistas, pues efectivamente, les faltaron a estos dos partidos muy pocos votos en 1946 para alcanzar la mayoría absoluta.

En Italia, en las elecciones de 1946, la democracia-cristiana reunió 8.000.000 de votos, es decir un 35,2 por 100, y el bloque comunista-socialista 9.450.000, que representa un 41,2 por 100. Podemos admitir que si hubieran votado los hombres solamente, el bloque marxista hubiera obtenido poco menos de la mitad de los sufragios y cerca de la mitad de los escaños. Italia hubiera conocido después de un régimen de extrema derecha un régimen dominado por la extrema izquierda, pero el voto femenino impidió la formación de un gobierno comunista-socialista. Gracias al voto de las mujeres, el poder fué compartido por algún tiempo entre diversos partidos antes de que los comunistas, y después los socialista, pasaran a la oposición.

En las elecciones de 1948, la democracia cristiana ganó el 48,5 por 100 de los votos y el 53 por 100 de los escaños en la Cámara de Diputados, pero el electorado masculino había concedido a la democracia cristiana sensiblemente menos de la mitad de estos sufragios. Se puede afirmar, sin peligro de error, que si las italianas no hubieran votado en 1948, la democracia cristiana no hubiera conseguido ser mayoritaria en Montecitorio, donde, por otra parte, no hubiera existido ninguna mayoría homogénea después de las elecciones.

En las elecciones de 1953 el partido demócrata-cristiano obtuvo sólo el 40,1 por 100 de los votos, perdiendo por ello la mayoría absoluta en la Cámara; sin embargo, continuó siendo el mayor partido italiano. Si hubieran votado sólo los hombres, se habría puesto a la cabeza seguramente el bloque de los comunistas y socialistas de Nenni, pero es muy improbable que hubiera conseguido obtener un número suficiente de votos masculinos para alcanzar

la mayoría en el Parlamento. Esta observación es valedera igualmente para las elecciones de mayo de 1958.

En todo caso es cierto que sin el voto de las mujeres los comunistas y socialistas hubieran sido mayoritarios en 1946, y que tras las elecciones de 1948 no hubiera existido ninguna mayoría homogénea en Montecitorio; en una palabra, el voto femenino ha tenido como consecuencia, en 1946, la ausencia de una mayoría absoluta de izquierdas, y en 1948, la existencia de una mayoría absoluta cristiano-demócrata.

En Noruega, el partido laborista recogió el 41 por 100 de los votos en 1945, el 45,7 por 100 en 1949, el 46,7 por 100 en 1953 y el 48 por 100 en 1957, no obstante, ha venido disponiendo de la mayoría absoluta de los escaños. Desfavorecido por el voto femenino, fué por el contrario beneficiado por el sistema electoral. En efecto, hasta 1951 el *Storting* era elegido con arreglo a una vieja ley electoral que favorecía a los grandes partidos en la distribución de los escaños; si las elecciones de 1945 y de 1949 hubieran sido organizadas según una nueva ley electoral, tal como la adoptada para las elecciones de 1953, no habría existido compensación para los laboristas entre lo que perdían a causa del sufragio femenino y lo que ganaban gracias a las disposiciones de la antigua ley electoral. En ausencia de tal compensación, los laboristas no hubieran sido mayoritarios en 1945 y en 1949 en razón del margen entre el voto masculino y femenino; si después de las elecciones de 1953 y de 1957 los laboristas dispusieron de una mayoría de dos, y después de tres escaños, fué porque ganaron votos con relación a las elecciones precedentes.

En Suecia, el partido social-demócrata, aunque perjudicado por el voto femenino, detentó la mayoría absoluta en el Riksdag durante dieciséis años, hasta 1948 en que con el 46,1 por 100 de los votos le faltaron tres escaños; en las elecciones de 1952 con el mismo porcentaje de votos, le faltaron cinco; más, con un sufragio exclusivamente masculino hubiera recuperado sin duda la mayoría absoluta de la Cámara lo mismo en 1948 que en 1952; por el contrario, en las elecciones de 1956, con el 44,6 por 100 de los votos, no habría obtenido la mayoría de los escaños incluso si hubiesen votado sólo los hombres. En 1960 su fuerza electoral aumentó, pues obtuvo el 47,8 por 100 de los votos, faltándole dos escaños para ser mayoritario, pero en estas elecciones, por la razón ya indicada, el voto femenino no perjudicó al partido social-demócrata y, en consecuencia, incluso con un sufragio exclusivamente masculino no hubiera obtenido la mayoría absoluta.

En Dinamarca y en Holanda, el voto femenino no parece haber repercutido sobre la estructura de la mayoría parlamentaria, pues ningún partido danés u holandés obtuvo más del 41 por 100 de los votos, siendo esta cifra, por otra parte, excepcional. Como las diferencias entre votos femeninos y mascu-

linos son muy débiles en los principales partidos holandeses y daneses, bastaría que un solo partido político (o coalición de partidos) obtuviere ligeramente más o menos el 50 por 100 de los escaños para que las divergencias tomaran un valor marginal.

En los Estados Unidos, la victoria del presidente Wilson en 1916, con 9.130.000 votos contra 8.538.000 de su adversario, fué atribuída al hecho de que obtuvo la mayoría de los votos en los Estados, como California, donde las mujeres participaron en el escrutinio. Un recuento separado de las papeletas de los hombres y de las mujeres en Illinois, en 1916, aportó a esta tesis una prueba formal.

La diferencia entre el número de votos obtenidos en noviembre de 1960 por el presidente Kennedy y el candidato republicano Nixon es mínima (menos del 1 por 100); ahora bien, el candidato demócrata fué sostenido masivamente por los electores católicos de los dos sexos; la candidatura de un católico tuvo como primera consecuencia una disminución del abstencionismo entre las electoras católicas que, corrientemente se mostraban, en gran número, más o menos indiferentes a las competiciones electorales, mientras que los electores protestantes no manifestaron más interés en 1960 que en las elecciones precedentes (26). Sería fácil contar el pequeñísimo número de votos que aseguró en los Estados de California, Illinois y Texas las elecciones de los delegados presidenciales demócratas, que a su vez llevaron a Kennedy a la presidencia, si bien no es muy exagerada la afirmación de que su victoria se debió, en última instancia, al voto de las mujeres católicas.

En suma, el valor marginal del voto femenino depende a la vez de la importancia de la divergencia entre votos femeninos y masculinos y de la constelación de fuerzas políticas. Así, el partido social-demócrata sueco, con el 45 por 100 de los votos en las elecciones de 1956, no hubiera obtenido la mayoría absoluta del Parlamento en la hipótesis de un sufragio exclusivamente masculino, mientras que el bloque de los comunistas y socialistas italianos, con sólo el 41,2 por 100 de los votos en 1946, hubiera probablemente alcanzado esta mayoría; y es que la divergencia entre el sufragio femenino y masculino es más fuerte en Italia que en Suecia. En Gran Bretaña es más débil que en este último país, mas, aún así, se revela decisiva cuando los dos grandes partidos británicos están muy igualados en la competición electoral. En Francia,

(26) S. M. LIPSET, en un breve pero sustancioso artículo: «Some statistics on Bigotry in voting», aparecido en vísperas de las elecciones americanas de 1960 en la revista *Commentary*, concluye: «Se puede prever que Kennedy no perderá la elección porque es católico..., si la influencia religiosa debe considerarse determinante, ésta no hará sino acrecentar sus posibilidades de obtener la mayoría.»

donde, según la expresión de Gambetta, el Parlamento es un «espejo roto» (*), y en los países multipartidarios danés u holandés, el voto femenino tiene menos ocasiones de repercutir sobre la composición política del gobierno que en los países bipartidarios o en los países caracterizados por un gran partido socialista laico y un gran partido tradicionalista que se reparten poco más o menos el 50 por 100 de los escaños, cuando no el de los votos.

RESUMEN Y OBSERVACIONES FINALES

1. En todos los países los partidos socialista y comunista son perjudicados por el voto femenino, siendo favorecidos los partidos cristiano-demócrata o conservador-tradicionista. Este fenómeno es más importante en los países católicos que en los protestantes.

2. Los partidos que, por razones doctrinales, fueron más favorables a la emancipación política de la mujer son también los más perjudicados por el voto de ésta. Si hubieran previsto tal inconsecuencia, ¿hubieran reclamado la concesión de los derechos políticos al sexo débil? Por el contrario, algunos de los partidos que se opusieron durante mucho tiempo, por espíritu de tradición, al acceso de las mujeres a la vida política, deben reconocer hoy que hicieron un mal cálculo político. Sólo los partidos liberales y radicales acertaron, pues sus temores se han visto fundados; el voto de las mujeres ha acelerado su decadencia en toda Europa. Los éxitos electorales de los partidos cristiano-demócratas deben ser atribuidos, en cierta medida, al voto femenino.

3. La gran mayoría de las mujeres casadas votan como sus maridos. En caso de divergencia de opinión entre los esposos, el marido es generalmente socialista o comunista, y la mujer cristiano-demócrata o conservador-tradicionista; puede, sin embargo, suceder que cuando el marido vota a los comunistas su esposa lo haga por los socialistas.

4. La distorsión entre los sufragios masculino y femenino está provocada en gran medida por las mujeres sin marido (viudas, solteras, divorciadas).

5. De los solteros jóvenes, los hombres votan con mayor frecuencia que las mujeres, por los partidos de izquierda (comunista, socialista).

6. Es un fenómeno universal que de cada cien nacidos, los niños son más numerosos que las niñas. Pero el sexo llamado «débil» es, en cierto sentido, más resistente, pues la mortalidad masculina es efectivamente más elevada que

(*) La expresión se refiere al elevado número de partidos representados en el Parlamento francés. (N. del T.)

la femenina antes de los cincuenta años, y las dos guerras mundiales hicieron más víctimas entre los hombres que entre las mujeres; resulta de esto un excedente de mujeres en las capas ancianas de la población, de aquí la gran importancia numérica de las viudas ancianas (a las cuales se deben añadir las mujeres solteras de edad) que votan en gran proporción por los partidos demócrata-cristianos o conservador-traditionalistas.

7. El más fuerte contraste es el observado entre el voto de los hombres jóvenes y el de las mujeres ancianas.

8. La mayoría de las mujeres no están integradas en la vida económica, y las demás ocupan generalmente lugares subalternos, siendo peor remuneradas que los hombres. Así, pues, la razón esencial de la distorsión entre los sufragios masculino y femenino no se debe buscar en el plano económico.

9. Las mujeres están peor informadas que los hombres sobre la cosa pública. En el electorado femenino las zonas de ignorancia son muy extensas, como lo demuestran numerosísimas encuestas de opinión pública. La influencia tradicionalista sobre el voto femenino es tanto más fuerte cuanto más bajo es el nivel de información política.

10. La motivación primordial del comportamiento político femenino, en la medida en que se diferencia del masculino, es de orden religioso, pero dado que la distorsión entre el sufragio femenino y masculino se observa esencialmente en el campesinado y en la clase obrera de la industria, el voto de las mujeres refleja el tradicionalismo de las categorías sociales modestas y no el elevado al rango de ideología, cultivado por algunas capas de la burguesía.

11. El potencial político de un partido depende no solamente del número de sufragios que obtiene, sino también de la estructura de su electorado. Los hombres participan en conjunto más intensivamente que las mujeres en la vida política, están más predispuestos que éstas a las acciones de masa, a las manifestaciones, a las huelgas. Siendo los partidos comunistas y socialistas los más «masculinos», su capacidad de acción política es, sin duda, más fuerte, en comparación con la de los partidos cristianos o conservadores, de lo que se admitiría si únicamente se tuviera en cuenta el número de sufragios que han obtenido.

12. Los partidos más perjudicados por el voto femenino son también los que más favorecen la promoción de las mujeres a los funciones políticas (parlamento, consejos municipales, comités de los partidos), pues esta promoción no concierne necesariamente sino a un pequeño número de mujeres. La emancipación de la mujer que preconizan se opone a la condición tradicional que tiene la mujer en la sociedad. Las aspiraciones de la mayoría de las mujeres siguen siendo en su conjunto bastante tradicionalistas.

13. En ciertas circunstancias, el voto femenino toma un valor marginal decisivo cambiando la mayoría electoral o parlamentaria. ¿Quién vota más prudentemente, los hombres o las mujeres? Que cada cuál responda según sus preferencias.

MATTEI DOGAN

(Traducido por CARLOS FERNÁNDEZ LIÉBANA.)

R É S U M É

Il est intéressant d'étudier les différences d'orientation politique entre les hommes et les femmes en se basant sur les scrutins électoraux mais il est difficile de préciser sur ce point étant donné qu'en Europe seulement trois pays (l'Allemagne, l'Autriche et la Grèce) font une différence dans les dépouillements électoraux entre les votes masculins et les votes féminins. Par manque de documents officiels, l'auteur s'est servi, dans la majorité des pays, d'enquêtes sur l'opinion publique, faites "à base d'échantillons stratifiés". En particulier il s'est servi de celles de l'Institut Français de l'Opinion Publique, du British Institute and Public Opinion, de l'Istituto Italiano de Opinione Pubblica, de l'Istituto Doxa (Milan), du Centro Italiano di Studi et Ricerche (Roma), du Gallup Institut, etc.

Voici quelques-unes des conclusions auxquelles arrive M. Dogan dans son intéressant article:

- 1) Dans tous les pays le vote féminin fait tort aux partis socialiste et communiste en favorisant au contraire les chrétiens-démocrates et les conservateurs-traditionalistes.
- 2) Les partis qui ont favorisé le plus l'émancipation politique de la femme sont les moins avantagés par le vote de celle-ci.
- 3) La majorité des femmes mariées votent à la place de leurs maris.
- 4) La différence entre les suffrages masculins et féminins est provoquée en grande partie par le vote des femmes sans mari.
- 5) La plus grande natalité féminine et la grande mortalité masculine due aux deux grandes guerres donne un excédent de femmes âgées qui votent presque toujours pour les partis chrétien-démocrate et conservateur.
- 6) Il faut chercher la raison de la différence entre le vote masculin et le vote féminin non dans le plan économique mais dans la plus mauvaise information des choses publiques qu'a la femme en général et dans le fait que le motif primordial pour l'attitude politique féminine est d'ordre religieux.

SUMMARY

It is interesting to study the differences of political orientation between men and women, taking the counting of votes as a basis, but it is difficult to be exact on this point owing to the fact that in Europe only three countries (Germany, Austria and Greece) count masculin and feminin votes separately. In the absense of official documentation, the author has turned, in most countries, to the enquiries made as to public opinion. In particular to those carried out by the French Institute of Public Opinion, the British Institute of Public Opinion, the Italian Istitute d'Opinione Pubblica, the Doxa (Milan) Institute, the Italian Centre di Studi e Ricerche (Rome), the Gallup Institut, etc.

We have picked out some of the conclusions M. Dogan mentions in his interesting article:

1) *In all countries the feminine vote favours the Christian-Democrats and Traditional Conservative parties more than the Socialist and Communist parties.*

2) *The parties that supported the political emancipation of women are not favoured with their votes.*

3) *The majority of married women vote the same as their husbands.*

4) *The difference between masculin and feminine suffrages is brought about in a large way by the vote of single women.*

5) *The greater feminine natality and the great masculin mortality caused by the two wars give an excess of old women who nearly always vote for the Christian-Democrat and Conservative parties.*

6) *The reason for the difference between the masculin and feminine vote is not to be found in the economic sphere, but in the poor information on public matters given in general to women, and in that religion plays an important role in feminine political behaviour.*